

J. Gómez Millas

La imagen de Hannibal

(Páginas de una obra de don Juan Gómez M., próxima a publicarse)

Este hombre, admirable en sus victorias, como extraordinario en sus desgracias, es el ejemplo más vivo que nos haya legado la antigüedad de la lucha trágica entre el poder del genio individual y la fuerza avasalladora del destino. Edipo jugó su papel en el escenario de la tragedia de Sófocles, Hannibal se ha movido en un anfiteatro mundial.

En Hannibal, nacido en 247, cuando lanzaba sus últimos resplandores la cultura griega—en las guerras que aquél desencadenó murió Arquímedes, el último creador de la ciencia helénica—y se insinuaban nuevas formas en el Asia Occidental, se entrecruzan las líneas culturales del Mediterráneo. El es uno de esos maravillosos puntos de intersección que se producen en las zonas de contacto de las culturas y que Frobenius ha explicado para el interior remoto del Africa. Su misma facilidad para aprender y utilizar las lenguas mediterráneas es como una expresión de su alma multiforme y ecuménica.

En su carácter se dieron las virtudes y vicios de griegos y cartagineses; pero por sobre todo, con un acento soberano, el sentido recóndito y religioso de la tarea que debía cumplir en su vida y que es la más clara prueba de su genio singular. En todo momento él sabe a dónde va y conoce los caminos que allá le pueden conducir; una voluntad imperiosa e invisible parece guiarlo al través de todos los obstáculos. Es un hombre del destino al cual una voz misteriosa dijo a la salida del templo de Melkart en Gades: "Sigue tu estrella y no interrogues acerca de los oscuros designios de los dioses". Es un fenómeno de la naturaleza, una fuerza ciega sometida a su propia ley. Las pinceladas que la mano maestra de Tito Livio ha trazado no pueden ser más sugestivas: "Desde el momento en que Hannibal llegó a España, se atrajo las miradas de todo el ejército; los veteranos creyeron descubrir en él al Amilcar de la juventud; era su mis-

ma expresión energética, su misma mirada de fuego, su mismo rostro e igual fisonomía... Jamás se había producido un carácter más apropiado para dos cosas opuestas: saber mandar y saber obedecer... Bajo ningún otro jefe los soldados han mostrado un mayor coraje y una confianza más ciega y dispuesta. De una audacia increíble para afrontar el peligro y de una prudencia fría una vez lanzado a la aventura. Nada había que fatigara su cuerpo o su ánimo ardoroso; comía o bebía por necesidad, no por placer; soportaba igualmente el frío o el calor; el sueño o la vigilia no estaban determinados para él por la noche o el día. Comenzaba su descanso, sólo cuando había terminado su tarea y para ello no requería ni la comodidad, ni la quietud silenciosa. Muchas veces se le vió tendido sobre el suelo, apenas cubierto por una casaca militar durmiendo entre los centinelas o cuerpos de guardia. Sus vestidos fueron vulgares, no así sus armas y caballos. Era entre muchos el mejor caballero y como infante a todos superó. Nadie le precedía a los combates y fué siempre el último en abandonar los campos de batalla. Pero sus grandes cualidades se contraponían a graves defectos: una crueldad inhumana, perfidia más que púnica, ausencia total de escrúpulos, ni la más leve sombra de sinceridad, de respeto para los dioses o para la palabra empeñada en juramento. Careció de religión". (XXI-4). Los cartagineses lo acusaron de avaricia, como si pudiese ser derrochador un hombre que aprovechaba hasta lo más despreciable para proseguir su destino. Los

miserables mercaderes que después de Zama le reprocharon el no haber querido tomar a Roma a raíz de la victoria de Cannes y que por último lo denunciaron al Senado romano como organizador oculto de la revancha no podían entender la labor política que su genio trataba de realizar.

Mejor que a su padre Amílcar y que a su cuñado Asdrúbal pueden aplicarse a él las palabras de Víctor Ehrenberg: "La idea sobre la cual se fundó Cartago fué económica; los hechos importantes desde el punto de vista político que en ella se produjeron fueron la obra de grandes generales y no la expresión de una voluntad nacional o de la aristocracia de comerciantes que dominaba... Nada ha sido más fatal para Cartago que esta divergencia entre las actividades políticas de sus grandes hombres y su modo de ser apolítico". V. Ehrenberg - Karthago - p. 16.

Cuando el año 221 moría asesinado Asdrúbal en España, Hannibal, entonces de 25 años se hacía cargo del instrumento imperial elaborado por los barcidas (los ilustrados) en la península: dominios territoriales, un ejército disciplinado y entrenado, un tesoro abundante; fuerzas que de nada habrían servido en manos de un hombre mediocre; pero el joven general había heredado de su padre el golpe de vista militar y el genio estratégico y había aprendido junto a Asdrúbal el tino y los conocimientos diplomáticos. A sus condiciones naturales se agregó una excelente educación técnica transmitida entre otros, por su maestro e historiador oficial Sosylos de Lacede-

monia. Este lo inició en la llamada escuela alejandrina de la guerra en la que se habían formado Parmenión, jefe del estado mayor de Alejandro, Pirro y el celeberrimo Demetrios, el sitiador de ciudades. Reunió a su lado un espléndido cuerpo de oficiales experimentados en las guerras mediterráneas, adictos a su persona y a los cuales supo educar en una severa disciplina, en un concertado don de mando y de iniciativas; bastará recordar los nombres de Mago, Asdrúbal, Mutines, Bomilcar y Maharbal y el gran diplomático siracusano Epycides.

Nunca dispuso de grandes masas para el combate, pero la escuela alejandrina le había enseñado los métodos para luchar con pequeños contingentes contra fuerza superiores; de ella también aprendió la técnica de las marchas interminables al través de una naturaleza hostil y de poblaciones bárbaras, y en ese sentido, su carrera desde España hasta las llanuras lombardas es un episodio que ha pasado a la historia universal. Desarrolló las tácticas destinadas a encerrar al enemigo, las maniobras para atacarlo sorpresivamente o por la espalda o para lanzar sus célebres cargas de caballería. Ninguno ha estudiado como él las condiciones del enemigo, el terreno del combate, las circunstancias climatéricas, las horas imprevistas o las características personales e intenciones del comando enemigo. Para ello organizó un espléndido servicio de espionaje y de patrullas que le permitió siempre o casi siempre estar al corriente de lo que ocurría en el campo contrario. En ciertos momentos no tre-

pidó en disfrazarse él mismo a fin de controlar sus servicios o verificar algunos datos. En él nada fué improvisado; todo fué cuidadosamente estudiado y preparado personalmente. El hombre del destino no se confiaba al azar. Su visión de las circunstancias estaba ilustrada por un examen atento de los detalles y así pudo maravillar a sus subalternos y enemigos en la hora de los triunfos y ponerse siempre por encima de los acontecimientos, jamás por debajo de ellos.

Sus condiciones psicológicas para el mando, su admirable conocimiento y dominio de los hombres, su capacidad extraordinaria de sugestión, sino por otra cosa estaría demostrada por el hecho de haber construído con elementos mercenarios dispares y hasta antagónicos un espléndido instrumento de combate, dotado de alta moral bélica y de una unidad en la cual él era el centro. Astuto, controlado como sabe serlo un oriental, jamás dejó que el humor trastornara sus planes; lloró o rió, fué cruel o suave, halagó o castigó no en conformidad a un imperativo interno, sino con una finalidad calculada y meditada.

Cuando preparaba la expedición a Italia no se equivocó al considerar la reacción de los galos en su favor ni el apoyo con que podría contar en el sur de Italia entre los pueblos recién dominados por los romanos; pero con dos cosas no contó: la resistencia formidable y fuera de todo cálculo de los romanos

y de sus colonias militares en el centro de Italia y en seguida con la estupidez y lentitud de Filipo V de Macedonia. Hannibal habría triunfado si después del tratado de Naupacta de 217, Filipo hubiese realizado una expedición auxiliar a Italia como se lo aconsejaba el aventurero Demetrios de Faros.

El tiempo venció a Hannibal como a Napoleón. Tuvo en su genio la misma confianza que permitió que indefenso fuese asesinado Julio César. ¿Es que la edad, las delicias del sur de Italia o la vorágine de los acontecimientos lo cansaron? No lo parece ya que aun después de Zama sigue luchando en pro de la revancha con gran tino y acierto desde el gobierno de Cartago y más tarde, desde el lejano destierro el Asia, a donde lo obligaron a huir sus conciudadanos traidores y miopes.

La vieja leyenda de que la obra de Hannibal sólo se inspiró en el odio contra los romanos ya no puede sostenerse. Los odió, porque se opusieron a su obra; ella concordaba con la tarea de las grandes dinastías helenísticas; ella es la continuación hacia el occidente de la carrera de Alejandro en el Oriente. Es el mayor esfuerzo realizado después de Pirro y Agathokles para crear en el Mediterráneo Occidental una monarquía helenística ilustrada (barcida). Los grandes generales romanos temarían su destino, ese destino que en él fué indescifrable como su fisonomía, como la fisonomía de las máscaras encontradas en las tumbas púnicas.